

INFORMES Y DOCUMENTOS DE ORGANISMOS INTERNACIONALES

Cuadernos de Información Económica dedica en el presente número este apartado, y así lo hará también en los números sucesivos, a los informes y documentos de actualidad, periódicos y no periódicos, que se consideran relevantes para los lectores, publicados por los organismos de carácter internacional, y como viene siendo habitual, los resúmenes y comentarios los realizará Ricardo Cortes.

En este número se ofrecen los siguientes:

“Experiencias nacionales de la liberalización de los controles de capital” (FMI).

“Revisión de las normas de buena conducta para las empresas multinacionales” (OCDE).

“Perspectivas para los países en desarrollo”, del Banco Mundial.

“El futuro de la economía global” (OCDE).

La cumbre del Foro Económico Mundial de Davos.

Experiencias nacionales de la liberalización de los controles de capital (FMI).

El informe del FMI sobre la liberalización de los controles de capital refleja un cierto cambio de actitud respecto a estos controles: en las medidas contenidas en los planes de ajuste estructural y saneamiento económico que el FMI imponía, en los años 80, a los países en desarrollo como condición previa a la obtención de su ayuda, se consideraba evidente que la libre circulación de capitales, sobre todo por cuenta corriente, era una buena cosa, y que los países receptores de ayuda, tras un plazo más o menos largo, según su situación de partida, deberían establecerla. Después de la crisis asiática de 1997–98 y del buen resultado, si bien temporal, de los controles establecidos por Malasia, el FMI es más cauto: tiene en cuenta la situación económica del país y los objetivos de los controles y, dependiendo de ello, saca conclusiones más matizadas. Así, empieza por reconocer que en ciertos casos es muy difícil distinguir entre los flujos a corto plazo (considerados perjudiciales y especulativos) y aquellos que son a largo plazo (beneficiosos): “los flujos a corto son a menudo renovados, y los [títulos representativos de los] flujos a largo plazo [acciones]... pueden venderse en el acto en los mercados secundarios. [Además] los productos derivados (swaps y opciones) hacen aún más

fácil cambiar la fecha del vencimiento”. En todo caso, sean o no eficaces, los controles suponen un coste. Los controles, tanto a la entrada como a la salida de capitales, pueden ser: directos o administrativos, que implican la prohibición o necesidad de aprobación, a veces discrecional, de los movimientos de capital transfronterizos, indirectos, tratándose en este caso de un impuesto explícito o implícito (depósito sin intereses de parte del capital en el banco central durante un plazo determinado, como en el caso de Chile hasta hace poco, o bien tipos de cambio diferentes según la duración de la inversión) a la transacción.

Los controles a la entrada a corto plazo de capitales, impuestos por Brasil, Chile, Colombia, Malasia y Tailandia, bien para evitar la apreciación de la moneda nacional, bien para diferenciar el tipo de interés nacional del internacional, no siempre han sido eficaces; para serlo deben ser omnicomprensivos (cubrir todo tipo de transacciones). Además, suponen unos costes administrativos elevados y suelen perder eficacia con el tiempo, ya que los *dealers* acaban encontrando medios de burlarlos, sobre todo en países con mercados financieros sofisticados.

Los controles a las salidas de capital durante crisis financieras (España, Malasia y Tailandia) se imponen a las transacciones a corto plazo para evitar la especulación y la consiguiente caída de la cotización de la moneda nacional. Pueden ser útiles para dar a las autoridades un respiro temporal en el que puedan tomar medidas correctivas de la situación macroeconómica aunque no siempre consiguen su objetivo como en el caso de España, donde tales medidas no evitaron la segunda devaluación de la peseta. Además, si son eficaces, estas medidas dificultan las inversiones directas (Malasia) o las transacciones relacionadas con el comercio exterior para cubrirse de los efectos de una posible devaluación (España). Los controles extensivos a las transacciones, tanto por cuenta corriente como por cuenta de capital, en casos de crisis financieras graves que causan el hundimiento de la cotización de la moneda nacional y el agotamiento de las reservas extranjeras (Rusia, Rumania y Venezuela), pueden aliviar temporalmente las presiones en la balanza de pagos pero no atacan las causas fundamentales del desequilibrio, que sigue siendo necesario corregir [generalmente con medidas de austeridad muy impopulares].

En China e India los controles extensivos tanto a la cuenta corriente como a la cuenta de capital [fueron beneficiosos porque] les protegieron [en gran medida] de los efectos de la crisis asiática [pero esa conclusión

no se puede aplicar a muchos más países]. En ambos casos el éxito se debió a sus débiles relaciones económicas con el exterior, a sus grandes reservas extranjeras, al gran tamaño de su mercado interior, al escaso desarrollo de sus mercados financieros y bancarios y, sobre todo, a la capacidad de su administración [que en esos países era suficientemente sofisticada para poder aplicarlos debidamente.]

La rápida liberalización de los controles a la cuenta de capital en Argentina y Perú fue seguida de un aumento de las inversiones extranjeras, aunque en Perú causó también una apreciación de la moneda nacional con el consiguiente deterioro de la balanza por cuenta corriente. Si no se toman las medidas macroeconómicas y financieras adecuadas para evitar una apreciación excesiva y/o esterilizar el consiguiente aumento de la oferta de moneda nacional, esos controles pueden aumentar la vulnerabilidad de la economía nacional a *shocks* interiores y exteriores.

El informe recalca la estrecha relación que debe existir entre las medidas prudenciales y de supervisión de los mercados financieros y del sistema bancario y los controles a los flujos de capital. Los controles no pueden nunca sustituir a una regulación prudencial y una supervisión adecuadas, sino que son complementarios a ellas, de modo que en muchos casos los controles sólo podrán ser suavizados [evitando así sus efectos secundarios perjudiciales] si la regulación prudencial y la supervisión en el país en cuestión son suficientemente sofisticadas y eficaces. Además, no es nada clara la distinción entre controles y regulación prudencial. Así, por ejemplo, una medida prudencial [típica] como la limitación de los activos y pasivos en moneda extranjera de los bancos puede influenciar ciertos tipos específicos de transacciones por cuenta de capital.

En conclusión, los controles a los flujos de capital no pueden reemplazar a una política macroeconómica sólida. No está claro en qué medida pueden proteger a un país de *shocks* exteriores, aunque en algunos casos pueden darle un plazo durante el cual se tomen las medidas macroeconómicas necesarias para resistir sus efectos negativos. Los controles selectivos sobre determinados tipos de transacciones sólo son eficaces durante algún tiempo porque los agentes económicos acaban encontrando medios de burlarlos. Como para ser eficaces los controles tienen que ser omnicomprensivos, son también más caros de administrar y causan mayores distorsiones que si no lo fueran. [La *ratio* coste/beneficio es pues decisiva]. Una regulación prudencial y una supervisión sólidas son fundamentales para el éxito de la liberalización de la cuenta de capital y, en cierta medida, pueden ser una alternativa a los controles, aunque, desde luego, no pueden eliminar por completo los riesgos inherentes a los flujos internacionales de capital.

[Hay un claro cambio de énfasis en este informe del FMI respecto a los anteriores. En la mayoría de los planes del FMI en los años 80 e incluso en gran parte de los 90, la libre circulación de capitales se consideraba beneficiosa, un objetivo a alcanzar. Ahora el mensaje subyacente es que los controles a las entradas de capital a corto plazo son en muchos casos beneficiosos, siempre

y cuando se levanten cuando ya no son necesarios, como ocurrió en el caso de Chile. Más aún, en determinadas situaciones y países, los controles generalizados, incluso administrativos o directos, tanto a la entrada como a la salida de los flujos por cuenta de capital pueden ser beneficiosos y necesarios durante largo tiempo para proteger la transición de un país hacia la economía de mercado (caso de China) y librarle de *shocks* exteriores. Incluso en determinados casos, los controles a las salidas de capital durante una crisis cambiaría, antes considerados ineficaces y contraproducentes porque los inversores extranjeros asustados retirarían de golpe sus capitales cuando los controles se levantasen, ya no se condenan sin más: el caso de Malasia, ha demostrado que un gobierno que tenga el valor de tomar las medidas drásticas macroeconómicas y estructurales en el respiro que le dan esos controles puede convencer a los inversores que la situación interna ha mejorado y que no tienen nada que temer si se quedan en el país, de modo que cuando se suprimen la temida huida de capitales no tiene lugar.]

Revisión de las normas de buena conducta para las empresas multinacionales (OCDE).

Este informe de la OCDE, que revisa la versión que en 1991 se hizo de las normas, elaboradas en 1976, sobre "principios de buena conducta" que deben seguir las multinacionales, aporta una serie de recomendaciones que, en una primera impresión, resultan un tanto obvias. Así, por ejemplo, "Las empresas multinacionales deberán respetar los derechos humanos de sus empleados"; "Deberán aplicar criterios de alta calidad en sus informes, cuentas y auditorías"; "No ofrecerán una parte del pago derivado un contrato a los funcionarios públicos [competentes para aprobarlo] ni a los empleados de las empresas con que comercien"; "Deberán asegurarse de que sus bienes y servicios cumplen los requisitos [legales] necesarios en lo que a salud y seguridad de los consumidores respecta". ¿Es que es necesario recomendar a las multinacionales que respeten la ley de los países en que se instalan? Lo que resulta aún más curioso es que, según el prefacio, se trata de "principios voluntarios de buena conducta", aunque los 26 países miembros de la OCDE, así como Argentina, Brasil y Chile, los han adoptado, es decir, deberían ser obligatorios para ellos. Más adelante se dice que no son "legalmente obligatorios" (*legally binding*).

Sin embargo, tal impresión sería injustificada: es conveniente codificar las obligaciones (o recomendaciones) de las multinacionales sobre diversos aspectos, entre ellos:

- de cuentas
- relaciones con sus empleados, en especial, permitiendo la formación de sindicatos obreros y negociando con ellos
- respeto al medio ambiente
- no sobornar a los políticos y funcionarios públicos
- respeto a los intereses de los consumidores

- extender a los países receptores sus conocimientos de ciencia y tecnología (respetando, desde luego, las patentes)

- no acudir a maniobras anticompetitivas

- pagar los impuestos debidos al país receptor sin emplear trucos como el *transfer pricing*,

- cobrar precios ficticios muy altos de sus suministros a sus empresas filiales en los países receptores para que aparezca que estas tienen muy pocos beneficios y así no paguen impuestos en el país receptor.

Además, se da al caso pintoresco de que uno de los países más importantes de la OCDE, Francia, no cumple una de las recomendaciones, publicar los sueldos de sus altos ejecutivos. “Las empresas deberán publicar los nombres de los miembros de su consejo de administración y altos ejecutivos y su remuneración”). Recientemente, el patronato francés se ha opuesto a que se introduzca esa medida en Francia; sólo aceptaría que se publicara la cifra global de la remuneración de esas personas. Además, el “Comité Consultivo de Comercio e Industria de la OCDE”, formado por representantes de empresarios y trabajadores ha dicho que el aplicar esos principios fuera de la OCDE podría significar una desventaja competitiva para sus empresas.

Perspectivas para los países en desarrollo del Banco Mundial.

Se ha dicho que los pronósticos económicos a plazos superiores a un año no son pronósticos sino profecías. La experiencia de los últimos años lo confirma: ni la OCDE, ni el Banco Mundial, ni el FMI, previeron en sus pronósticos la crisis asiática de 1997. A pesar de ello, los organismos citados se creen obligados a seguir pronosticando aunque ahora son más cautos, a veces hasta tal punto que sus informes más que pronósticos son descripciones del pasado reciente con una mención final de las posibilidades futuras.

Así, el Banco Mundial afirma que “los efectos de la crisis de 1997–99 persisten en muchos aspectos: en la mayoría de los países en desarrollo el crecimiento sigue siendo débil, por debajo del de antes de la crisis; los efectos sociales negativos son graves e, incluso, han aumentado, interrumpiéndose el progreso en la reducción de la pobreza y aumentando el número de pobres en muchos países. Pero, al mismo tiempo, la evolución reciente de la economía mundial es favorable, con una fuerte recuperación en las economías en crisis de Asia y una expansión continuada en los países industriales que han hecho que las caídas de la producción industrial y del comercio mundial hayan tocado fondo.” [Pero para el Banco Mundial eso no basta para que la economía se recupere: subsisten defectos graves que hay que corregir:] “En los países de Asia es muy necesario proceder a la reestructuración de las empresas y a la restauración de instituciones financieras sólidas para que la recuperación se extienda al resto de la economía y se haga sostenible” [La recomendación de siempre del Banco Mundial, por otra

parte muy acertada y necesaria]. [Además, últimamente las noticias no son buenas:] el fuerte aumento de los precios del petróleo supone un serio empeoramiento de la balanza de cuenta corriente de los países industriales y de algunos en desarrollo; la mejora de las condiciones financieras [todavía] no ha hecho que disminuya el recelo de los inversores internacionales, como prueban los fuertes *spreads* [diferencia entre el tipo de interés de los préstamos a países seguros y el de los préstamos a países inseguros], de modo que los flujos de capital a los países en desarrollo han bajado mucho más de lo que se preveía.

El crecimiento a largo plazo (2002–2008) de los países en desarrollo probablemente será menor que el de antes de la crisis de 1997–99, debido a un entorno exterior algo menos favorable y, en especial, al prolongado proceso de corrección de las debilidades estructurales de estos países [ya que la corrección supone un periodo de austeridad que limita –o incluso puede hacer negativo– el crecimiento]. En consecuencia, la reducción de la pobreza se hará más lenta. [Por el contrario] a medio plazo (2000–2001) las perspectivas son mejores. Mejorará el entorno exterior: EE.UU. será capaz de hacer un “aterrizaje suave” [reducir gradualmente el desmedido e insostenible crecimiento actual sin provocar una crisis], Japón podrá detener la presente tendencia deflacionaria y la política de la Unión Europea (UE) hará que aumente el crecimiento. Probablemente, los esfuerzos [de Greenspan] para limitar el crecimiento americano se verán acompañados por una modesta subida de los tipos de interés internacionales. El mayor crecimiento de la UE y la estabilización en Japón supondrán una mayor demanda de las exportaciones de los países en desarrollo; en especial, los países excomunistas y los africanos se beneficiarán del aumento de la demanda en la UE, y la reactivación de las importaciones japonesas favorecerá a los países asiáticos. Aunque el crecimiento de las importaciones americanas probablemente será menor, debería ser lo suficientemente fuerte para que los exportadores latinoamericanos y asiáticos puedan continuar la expansión de su mercado.

La evolución de los precios de los productos básicos [*commodities* o productos de venta estandarizada en los mercados internacionales como petróleo, cobre, estaño, café, cacao, cereales, etc.] tendrá efectos muy diferentes según el país en desarrollo de que se trate. Los precios de los productos básicos, (salvo el del petróleo), que tocaron fondo en 1999, subirán un poco, lo que aumentará los ingresos por exportaciones de África Subsahariana, Latinoamérica y Asia Oriental. Además, como la subida de los precios en dólares de las manufacturas exportadas por los países del G7 [los más ricos] será modesta, la relación real de intercambio de los países con renta *per cápita* media o baja tenderá a mejorar. Pero la presente subida de precio del petróleo, si se mantiene, contrarrestará esa mejora para muchos países. La subida es una gran ayuda para los grandes exportadores de petróleo, muchos de ellos en crisis.

Es poco probable que suban considerablemente los precios de los productos básicos aunque su descenso en los últimos tres años ha sido uno de los más fuertes que se han registrado. El petróleo constituye un caso distinto, ya que su precio se recuperó enorme-

mente gracias a la limitación de la producción decretada por la OPEP. Así, los precios reales del petróleo han subido un 38% en 1999 y se estabilizarán a ese nivel el año 2000. A corto plazo su precio no bajará, ya que la OPEP continuará limitando la producción. Por su parte, los precios reales [descontada la inflación] del resto de los productos básicos probablemente hayan bajado un 10,5 por 100 en 1999 y se recuperarán algo el año 2000. Los agrícolas probablemente se recuperarán más despacio que los demás al haberse acumulado fuertes *stocks* y al responder débilmente la demanda a la baja de precios.

Los flujos de capital privado a los países en desarrollo se espera que aumenten poco a corto plazo, menos de lo que se pensaba hace seis meses. Los flujos brutos en los meses de enero-agosto de 1999 fueron casi un tercio menos que los del mismo periodo de 1998. Por el contrario, mejoran las perspectivas de los flujos de capital oficial [procedentes de los estados y organismos internacionales para ayudar a estos países a salir de la crisis]. Así, la "Iniciativa en favor de los países pobres muy endeudados" (IPPME) ascenderá a 27 mil millones de dólares.

De acuerdo con la importancia que el presidente del Banco Mundial Mr. Wolfensohn da a la reducción de la pobreza el Informe le dedica un capítulo, llegando a las siguientes conclusiones:

— La globalización supone importantes beneficios para los países en desarrollo al acelerar su progreso económico [una opinión que enfurecerá a los activistas de las ONGs que se oponían a la reunión de Seattle de la Organización Internacional del Comercio (OIC)]. Sin embargo, la crisis de 1997-99 ha mostrado que la globalización y, en especial, la apertura a los flujos entrantes de capital privado expone a los países en desarrollo a *shocks* externos que reducen los beneficios de dicha globalización y apertura, y aumentan considerablemente la pobreza a corto y medio plazo. Los países pobres son especialmente vulnerables. El impacto social negativo de las crisis asiática, rusa y brasileña ha sido enorme.

— La pobreza urbana aumentó en todos los países afectados, en especial en Corea del Sur, donde la reducción de los salarios reales afectó sobre todo a los trabajadores urbanos mejor pagados. En Tailandia, por el contrario, afectó sobre todo a las zonas rurales a las que volvieron trabajadores urbanos en paro.

— La crisis demostró la flexibilidad de los mercados de trabajo en los países del Este Asiático, conseguida mediante reducciones salariales y movilidad laboral entre zonas urbanas y rurales. Gracias a esa flexibilidad la caída en el empleo total en Tailandia y Malasia fue limitada y en Indonesia incluso aumentó el empleo.

— Incluso en los países donde el gasto público en "redes de seguridad" [subsidios de paro] aumentó notablemente, su efectividad en la limitación de la pobreza fue reducida por varias razones, tales como ausencia de redes de seguridad antes de la crisis, retrasos en sus efectos, problemas institucionales y escasez de fondos.

— La reacción de los afectados varió según el país: en Indonesia aumentó el consumo en alimentos de me-

nor calidad y su porcentaje sobre la renta y las familias vendieron parte de sus patrimonios; en Corea y Malasia aumentó el porcentaje de ahorro sobre los ingresos y el gasto familiar se orientó hacia artículos de primera necesidad.

— El gasto público real en educación y sanidad bajó en la mayoría de los países. En Tailandia tanto las familias como el Estado trataron de evitar la reducción de ese gasto recortando otros. Por el contrario, en Indonesia bajó notablemente especialmente en las ciudades, lo que puede tener efectos negativos irreversibles en el crecimiento [una generación con nivel educativo insuficiente].

— Para conseguir un crecimiento estable y sostenible toda estrategia de desarrollo debe incluir redes de seguridad adecuadas y políticas económicas e instituciones capaces de evitar crisis financieras o responder a ellas de modo adecuado cuando ocurran. Las perspectivas de reducción de la pobreza no sólo dependen del crecimiento futuro sino también de la capacidad del país para hacer frente a *shocks* y reducir las fluctuaciones de su crecimiento.

Las fluctuaciones de los precios de los productos básicos —decisivos en la economía de muchos países en desarrollo— han sido muy fuertes en los años 90: por ejemplo, excluyendo el del petróleo, esos precios subieron un 45% desde mediados de 1993 a mediados de 1997 y luego bajaron un 30% hasta finales de 1999. Estas fluctuaciones se debieron a cambios en la demanda global, fuertes oscilaciones de la oferta debidas a malas cosechas, un aumento excesivo de la oferta en respuesta a los altos precios de principios de los años 90, innovaciones tecnológicas que hicieron bajar los costes de producción, y caídas en el tipo de cambio de las monedas de algunos grandes exportadores a consecuencia de la crisis asiática. Tanto los precios del petróleo como los de los demás productos básicos han bajado en relación con los de las manufacturas [la principal exportación de los países ricos a los países en desarrollo]. Los países exportadores de petróleo no han tenido demasiado éxito en aminorar las oscilaciones de su consumo e inversión derivadas de las del precio del petróleo. Por el contrario, parece que las fluctuaciones de los precios de los demás productos básicos no han afectado demasiado a las perspectivas de crecimiento de los países del África Subsahariana. En general, las oscilaciones de sus ingresos reales fueron menores que en los países exportadores de petróleo. En algunos países gracias a mejoras en la política económica aumentaron los porcentajes de ahorro e inversión incluso en los periodos de caída de precios. Muchos países recortaron sus déficit fiscales para reducir la inflación y la deuda pública, y el ahorro privado aumentó respondiendo a mejoras en la política económica que hicieron subir los rendimientos de la inversión, especialmente en los sectores exportadores.

El futuro de la economía global.

La OCDE ha publicado "El futuro de la economía global", obra de diferentes autores, que trata de la posibilidad y condiciones para que la economía mundial

entre en un *boom* de larga duración, de las ventajas e inconvenientes de la globalización de la economía, y del peligro ecológico de un progreso económico, como el actual, devorador de recursos naturales. Los ejercicios de futurología, dentro de los cuales se inscribe dicha obra, están desacreditados, y con razón: a principios del Siglo XIX, Thomás Malthus predijo hambrunas terribles porque el crecimiento lineal de los alimentos no podría hacer frente al crecimiento exponencial de la población. Algo más tarde, Karl Marx predijo la miseria creciente del proletariado, la concentración del capital cada vez en menos manos y la revolución social en la que los expropiadores serían expropiados. El Club de Roma, un grupo de eximios economistas y politólogos, predijo en 1970 una escasez mundial de alimentos en el futuro próximo. Sobra decir que los tres se equivocaron de medio a medio. La OCDE ha tenido la osadía de seguir el ejemplo de esos eximios pensadores. Examinemos lo que dice.

El primer capítulo, "Anatomía de un *boom* de larga duración", afirma que gracias al enorme potencial de las nuevas tecnologías muchos de los graves problemas actuales, como el paro, la mala alimentación, las enfermedades y el calentamiento de la tierra, podrían resolverse con la aplicación apropiada de los nuevos avances en computadoras, ingeniería genética, nanotecnologías y nuevos materiales. Podemos pues, en su opinión, estar a las puertas de un *boom* duradero. Sin embargo –como pasó en el siglo XIX con la electricidad, la radio y el motor de combustión interna–, si bien es verdad que las nuevas tecnologías causan cambios profundos y rápidos en la economía, la sociedad y el modo de vida, requieren, para que puedan dar su fruto, una población educada capaz de aplicar las nuevas técnicas, mayores flujos intranacionales e internacionales de bienes, servicios, financiación e ideas, unas instituciones políticas apropiadas y una administración eficaz. Por otra parte, el dinamismo económico aumenta enormemente la riqueza pero tiene un coste elevado, aumentando la desigualdad entre naciones y clases.

Las condiciones primordiales para un *boom* duradero son un fuerte aumento de la inversión, el adiestramiento de los trabajadores y el comercio internacional, y un sistema económico y político que funcione, al contrario de lo que sucedió con la planificación central soviética, y que evite crisis de deuda externa como la del oeste asiático en 1997–99. Ahora bien, la democracia y las instituciones comerciales del siglo XIX eran apropiadas para la sociedad de producción, consumo y gobierno masivos del siglo XX pero no son del todo adecuadas para el XXI. En el sector público se están produciendo cambios radicales mediante la privatización, descentralización, reformas reguladoras y modernización de los métodos administrativos; el Estado nacional cede poderes tanto a organismos regionales como supranacionales. En el sector privado se está produciendo un "cambio de paradigma" simplificándose el modelo jerárquico y las estructuras de control.

Vamos hacia una economía y una sociedad globales basadas en el predominio de la información como *input*, *output* y característica estructural favorecido por internet. Para la transición hacia una economía de la información serán necesarias inversiones enormes en

tecnología, infraestructura y sistemas educativos. Por otra parte, podría ser que la transición hacia una economía de la información avance lentamente y que su difusión sea limitada, de modo que las diferencias entre los que tienen acceso a ella y los que no lo tienen se acentúen, exacerbando los costes sociales del cambio, de modo que dicha transición acabe deteniendo al crecimiento. Para lograr un *boom* duradero hay que progresar hacia un mercado global transparente de bienes, servicios, capital y tecnología, pero esa apertura hace posible la aparición de crisis e inestabilidad, y es importante que exista la capacidad de intervenir para remediarlas, [lo que plantea problemas de tipo político difíciles de resolver porque la transición supone perjuicios, temporales o permanentes, para determinados conjuntos de población].

Los autores presentan tres escenarios, no mutuamente excluyentes, sobre cómo se puede producir un *boom* duradero, el primero centrado en EE.UU. que sigue manteniendo su hegemonía y al que los demás países imitan; en el segundo las economías emergentes del este asiático, y quizás Rusia, avanzan rápidamente hacia los niveles de productividad y renta de los países de la OCDE y se convierten en el motor del *boom*; y en el tercero, el motor son núcleos de crecimiento de pequeña extensión territorial dentro de cada país, como el famoso "Silicon Valley" en California, basados en un avance rápido en innovaciones tecnológicas en las ciencias claves, como computadoras, nanotecnologías, nuevos materiales, etcétera.

En el segundo capítulo, Richard Lipsey examina en detalle las fuentes de dinamismo económico en el siglo XXI (un examen muy interesante que hace que este capítulo sea, con el cuarto, los mejores) y las inercias en la estructura económico-política que lo dificultan. Así, "mucho capital fijo es muy duradero y mientras se cubran los costes variables de producción no se le reemplazará con nuevo equipo capital que incorpore las nuevas tecnologías: pasaron casi 40 años para que los motores eléctricos, mucho más eficientes, reemplazasen por entero a las máquinas de vapor en las fábricas... la transición con frecuencia produce conflictos sociales". Examina las consecuencias sociales, políticas y geográficas de las revoluciones tecnológicas a lo largo de la historia y se atreve a hacer un pronóstico: "si el pasado nos sirve de guía y si otras fuerzas como guerras o políticas equivocadas no lo impiden, podríamos esperar un *boom* que empezaría el año 2000 y duraría hasta la década de los 20 ó los 30, aunque quizás no evitará que siga en paro una parte importante de la población o que se produzcan fluctuaciones cíclicas que, como las de los años 50 y 60 del siglo XX, serían suaves y coexistirían con una tendencia al aumento del PIB y de la productividad.. Por supuesto, esto sólo es una posibilidad o, todo lo más, una probabilidad. Muchas cosas podrían impedir el *boom*: la crisis asiática u otras [futuras], agravadas por errores políticos, podrían desembocar en una depresión mundial... Políticas proteccionistas o anticrecimiento podrían retrasar los avances tecnológicos".

Lipsey recalca la necesidad de consenso social: "un paro elevado hará difícil imponer reformas que lo aumenten a corto plazo, aunque sea necesario reducir las rigideces del mercado de trabajo... Crecientes dife-

rencias de renta crean una dicotomía ricos-pobres contraria al consenso social... Las nuevas tecnologías siempre crean desigualdades entre los que tienen la suerte de disponer de un capital humano [adestramiento] apropiado a las nuevas técnicas y los que no lo tienen... Además, la globalización, al ampliar el mercado, tiende a una mayor estratificación y, en consecuencia, a mayores diferencias de renta... El rápido avance del cambio tecnológico y el consiguiente ajuste estructural [a veces muy penoso] han causado un temor a la globalización, a las grandes empresas y al cambio tecnológico... que podría causar políticas más proteccionistas”.

En el capítulo tercero, “La emergencia de la economía global del conocimiento científico”, los autores se dejan llevar de su entusiasmo: “La naturaleza cambiante del capitalismo ha favorecido a diferentes *inputs* a lo largo de los siglos. El *input* básico era la tierra en las sociedades agrarias y pasó a ser el capital en las industriales. Estamos presenciando la transición al conocimiento científico como *input* básico, ahora la fuente de la creación de riqueza y el factor de producción más importante. Esto significa que aunque los factores tradicionales –tierra y recursos naturales, trabajo y capital– siguen siendo importantes en la actividad económica, se están haciendo secundarios. Capital, antes el factor preeminente, ya no es escaso. Esto puede verse en centros de tecnología punta como el Silicon Valley. Si uno tiene los conocimientos científicos requeridos, como pasa en nuevas empresas prometedoras pronto obtiene el capital y trabajo que necesita. Además, hemos visto en las últimas décadas cómo el conocimiento científico está transformando el paisaje económico, haciendo que los demás *inputs* se hagan intensivos en conocimiento científico... Todas las grandes transformaciones económicas y sociales de la historia han sido causadas por avances en el conocimiento. En la Revolución Agraria, hace miles de años, surgió un nuevo tipo de sociedad, resultado de nuevos conocimientos sobre sembrar, cultivar, cosechar y almacenar alimentos. En el siglo XVIII la invención de la máquina de vapor (...) inició la Revolución Industrial”.

El entusiasmo de los autores les lleva a afirmaciones discutibles como “el paso de una economía intensiva en recursos a otra intensiva en conocimientos significa que el crecimiento económico sólo está constreñido por nuestra capacidad de crear nuevos conocimientos”. Otras no lo son como “una diferencia fundamental de la economía basada en el conocimiento es la existencia de rendimientos crecientes que contrasta con el concepto tradicional de rendimientos decrecientes”. Mencionan la importancia del concepto “productividad total de los factores”, que, en esencia, mide los progresos en la tecnología, o sea, en el conocimiento, y ponen como ejemplo Singapur, con muy escasos recursos naturales, (sólo dispone de un buen puerto) que gracias a una población instruida y trabajadora tiene un PIB *per cápita* superior al del Reino Unido.

Por limitaciones de espacio no podemos referirnos al contenido del capítulo 4, “Catalizadores y constreñimientos de la competencia global”, a pesar de su interés. El autor del capítulo 5 “Políticas para una sostenibili-

dad ecológica mundial” es el típico intelectual francés nostálgico del marxismo que ante el fracaso de su ideología se refugia en un antiamericanismo radical y en un intenso recelo frente a la economía de mercado y el comercio internacional. Sin embargo, aunque exagerada y pasional, su descripción de los peligros para el medio ambiente del presente modelo de desarrollo es muy de tener en cuenta, a pesar de afirmaciones tan peregrinas como “la crisis ecológica en el propio centro del sistema económico [actual] es similar en gravedad a la de la Peste Bubónica del siglo XIV pero mucho más ramificada”.

Después del tono emocional del capítulo quinto es un alivio pasar a la frialdad y objetividad del sexto, “Políticas necesarias para un *boom* de larga duración”, de DeAnne Julius, del Comité de Política Monetaria del Banco de Inglaterra, que cree que “la probabilidad de un *boom* duradero en los primeros 25 años del siglo XXI es baja de acuerdo con la base estadística histórica. Salvo en los cortos periodos de reconstrucción de las postguerras, el crecimiento mundial en los dos siglos pasados ha sido de alrededor del 3% en la mayor parte del tiempo, probablemente porque el crecimiento económico es el resultado de un conjunto complejo de evoluciones tecnológicas, sociales, demográficas y políticas de modo que el que una de éstas se acelere no basta para acelerarlo sustancialmente... Pero decir que un *boom* es improbable no es decir que sea imposible. Políticas que lo apoyen serán una condición necesaria pero no suficiente”. Julius describe a continuación las políticas necesarias en cada uno de los tres escenarios contemplados en el capítulo primero. En el primero, centrado en EE.UU., el fuerte aumento de la productividad que causa el *boom* proviene de las grandes empresas, de tecnologías punta en informática y fuerte biotecnología, y de la competencia en EE.UU. En el segundo, centrado en las economías emergentes, se deriva de la transferencia de producción y tecnologías a los países emergentes, en los que la mano de obra especializada, mucho más barata que en el mundo occidental, está creciendo rápidamente. En el tercero, núcleos de crecimiento, dicho aumento de la productividad tiene su origen en una colaboración estrecha del sector privado y el público a nivel local, del cambio de las cadenas de distribución y de las oportunidades que ofrece a las pequeñas empresas la emergencia del comercio electrónico. En los tres escenarios es fundamental la liberalización del comercio internacional [lo que muestra la irracionalidad de los reventadores de la reunión de la OIC de Seattle], la protección de la propiedad intelectual y un fuerte aumento de la inversión directa extranjera.

Foro Económico Mundial (FEM) de Davos, celebrado entre el 27 de enero y el 1 de febrero.

Davos ha celebrado su 30 aniversario con más asistentes que nunca: más de mil altos ejecutivos, un tercio de ellos americanos, treinta jefes de gobierno, entre ellos el británico Tony Blair y, por primera vez, el presidente de EE.UU., acompañado de sus secretarios de Estado, Madeline Allbright, y del Tesoro, Larry Summers, seiscientos cincuenta periodistas y, por primera vez, en calidad de invitados, los representantes

de varias organizaciones no gubernamentales, entre ellos los presidentes del mayor sindicato obrero americano AFL-CIO y del grupo de presión de los "verdes" americanos, "Friends of the Earth" (amigos de la tierra).

En la reunión del año pasado el recién nacido euro dominó las discusiones: se creía que sería el rival del dólar; nadie previó su presente baja. Hoy el euro ha estado prácticamente olvidado y las discusiones se han centrado en la llamada "nueva economía", la interacción del capitalismo anglosajón, con su énfasis en la rentabilidad de la empresa, y del impacto de internet, que facilita enormemente la transparencia, facilidad y rapidez de las transacciones comerciales. Como no podía ser menos, esta prepotencia del modelo americano despertó la hostilidad de los asistentes franceses, que ven en EE.UU. una superpotencia arrogante y autosatisfecha que avasalla a las demás. "No queremos que EE.UU. se convierta en el terreno político y económico en lo que es Microsoft en el terreno de la información", dijo uno de ellos. En su aversión a la "nueva economía" les acompañó una curiosa alianza entre los sindicatos obreros occidentales, deseosos de proteger a sus miembros de la competencia de los salarios más bajos del Tercer Mundo, y los "verdes". En Davos los representantes de los sindicatos participaron razonablemente en las discusiones, pero miembros del sector más extremista de los "verdes", unidos a nostálgicos del marxismo, unas 1.300 personas, descendieron sobre Davos en tren, auto e, incluso, helicóptero decididos a reventar la reunión: no lo pudieron hacer debido a la intervención de la policía suiza, y se limitaron a romper algunos escaparates y a abollar algunos coches. El presidente de Méjico, Ernesto Zedillo, los atacó duramente: "La alianza internacional de los sindicatos occidentales y los "verdes" está decidida a impedir el desarrollo económico del Tercer Mundo

con el pretexto de salvarlo de los males de aquél". Sin embargo, después de lo ocurrido en Seattle, donde esa alianza hizo fracasar la reunión de la Organización Internacional del Comercio (OIC), los asistentes a Davos se dan cuenta del recelo instintivo –irracional si se quiere pero muy poderoso– que la globalización mundial de la economía despierta en amplios círculos de la sociedad civil y tratan de disipar sus temores derrochando comprensión y espíritu conciliador, como se vio en las intervenciones del presidente Clinton y, sobre todo, del primer ministro británico Tony Blair, que dijo: "es importantísimo convencer [de los beneficios de la "nueva economía"] a los oponentes bienintencionados y sinceros de la OIC".

De todos modos, en Davos predominó claramente el optimismo: en general se cree que la nueva economía traerá beneficios a la humanidad. Se hizo hincapié en que la revolución que suponen internet y las nuevas tecnologías no ha hecho más que comenzar y que traerán consigo cambios mucho más profundos que los experimentados hasta ahora: el comercio se hará más transparente, los participantes podrán comparar casi instantáneamente las diferentes ofertas, con el consiguiente aumento de la competencia y freno a la inflación. Hasta ahora, el ejemplo típico de éxito es "Amazon", dedicada a la venta por internet de libros y *compact discs*, en el lenguaje de internet una empresa "B2C": relación *comercial business-consumer* (empresa-consumidor). Según uno de los fundadores de la conocida empresa "Apple Computer", en el futuro próximo la expansión será sobre todo en empresas "B2B" dedicadas a la relación comercial entre empresas (*business-business*), en las que todo género de productos básicos, títulos valores, bienes y servicios serán vendidos electrónicamente mediante internet. El mercado "B2B" pronto será diez veces el de "B2C". En 1998, en EE.UU. ya ascendió a 100 mil millones de dólares.